

La arquitectura de paisaje en los 100 años de la UNAM

El reto de diseñar el paisaje mexicano

Amaya Larrucea Garritz

Arquitecta paisajista, maestra en arquitectura, investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios de Posgrado, Facultad de Arquitectura, UNAM



El Pico de Orizaba desde el Valle de Perote
Fotografía: Héctor Quiroz

Las celebraciones son hitos que las sociedades escogen para la conformación de su identidad, hechos dignos de la memoria. El año 2010 está especialmente cargado de fechas significativas en la configuración de lo que hoy es nuestro país. Coinciden hechos tan determinantes como el inicio de la guerra de Independencia y el de la Revolución mexicana.

Se conmemoran también los 100 años de la fundación de la Universidad Nacional de México, hecho que especialmente nos convoca a reflexionar como universitarios. En esta historia universitaria, y sus enormes aportaciones al país, celebramos además los 25 años de la fundación de las dos licenciaturas más jóvenes de la Facultad de Arquitectura: Arquitectura de Paisaje y Urbanismo.

Por si fuera poco, 2010 ha sido declarado por la Organización de las Naciones Unidas como el Año Internacional de la Biodiversidad.

Héctor Quiroz Rothe, editor de *Bitácora*, me invitó a escribir un artículo acerca de los 100 años de la Universidad y los 25 de nuestra disciplina, relación que desde el principio me pareció compleja, más aún cuando la inauguración formal de la Universidad Nacional, el 22 de septiembre de hace 100 años, no puede separarse de la convulsión de la Revolución mexicana que diera inicio apenas dos meses después. Ambos sucesos apuntaban a lo mismo: la gestión propia y la autodefinition de un proyecto de nación mexicana. Se trataba de lograr una administración responsable y madura del país que políticamente se expresó en las consignas maderistas y cognoscitivamente en la creación de la Universidad.

Llevamos ya un buen tiempo escuchando en diversos medios no sólo comentarios alusivos sino polémicas relacionadas con las posibles formas de festejo. Las conmemoraciones son una oportunidad de reflexionar sobre lo hecho y lo que falta por hacer, más que un acto puramente celebratorio que finalmente se convierte en un acto vacío si no tenemos claros los contenidos a los que el festejo nos llama.

Aprovechando la oportunidad de las efemérides quisiera reflexionar sobre las tareas de la arquitectura de paisaje, la cual me involucra y cuyo futuro me concierne, tan nueva como comprometida con tareas inmensas en las que el planeta entero es "el campo de trabajo". Hoy estamos ya en condiciones de examinar el papel del arquitecto paisajista con cierta distancia. El paisaje está sujeto a presiones cada vez mayores y por lo tanto el papel de estos profesionales debe estar en consonancia con este gran reto.

Parto de que tanto la organización social como la biológica exhiben un "ámbito" de información y de conocimiento. Esta noción de la biología que se ha extendido a la organización social significa que todo organismo por ser instaura su mundo.

Al ser instaura simultáneamente su interpretación del mundo y ser significa que es y está construyendo su propio mundo. De tal manera, cada una de las acciones de la arquitectura de paisaje sobre el entorno promueve o nulifica la autointerpretación propiciando la construcción de un imaginario propio, en nuestro caso mexicano.

La arquitectura de paisaje debe ser consciente de que configura el ámbito del hábitat humano en su relación con todos los seres vivos y el conjunto de la naturaleza. Debe, pues, abandonar la idea de que trabaja en una sociedad instituida, para dar paso a su inserción en los mecanismos de la sociedad instituyente. Puede, además de resolver problemas originados por una mala gestión sobre los recursos naturales, proponer una nueva gestión que cree un modo de vida diferente basada en la idea tan sencilla como olvidada: que no se crea un "ámbito" en un organismo ya dado, sino que el organismo se crea al crear este "ámbito".

El nacimiento histórico de la arquitectura de paisaje se dio en una situación privilegiada: el momento de la confluencia de las dos grandes tendencias del conocimiento de la modernidad:



José María Velasco, Valle de México desde el cerro de Santa Isabel, 1875

Parafraseando a Kant, la capacidad del conocimiento racional sin la estética es ciega y la capacidad estética sin la científica es virtual, es decir no operativa



José María Velasco, *Valle de México desde el Tepeyac*, 1901

el científico-racional y el estético-ético. Esta disciplina utiliza el conocimiento racional cuantitativo para conseguir un despliegue estético del ámbito social. En la confluencia las dos formas de conocimiento son transformadas y su mutua influencia les confiere un nuevo sentido. Tiene además el reto de potenciar cada una de estas grandes tendencias con la otra, haciendo real la capacidad estética del ser humano a través de la capacidad racional, que de otro modo se queda en su fase contemplativa, como es el caso del arte. Esto significa también darle un contenido estético lúdico a la capacidad racionalista, que de otro modo se quedaría en la exacción de la naturaleza reduciéndola y condenándola a un único objeto de uso. Por medio de esta disciplina las dos tendencias del conocimiento ya conjugadas le dan a la naturaleza un valor por su grandeza, misterio y belleza y no solamente por su utilidad. Parafraseando a Kant, la capacidad del conocimiento racional sin la estética es ciega y la capacidad estética sin la científica es virtual, es decir no operativa.

Podemos decir que el Central Park de Nueva York es el primer gran proyecto identificado como fruto de esta profesión y donde se dio la conjunción de las dos tendencias de conocimiento. Para la constitución del parque, cuyo fin era lúdico y estético, se hizo una modificación del terreno extraordinaria con una tecnología muy avanzada. Este parque es el ejemplo paradigmático de cómo no se construye en la ciudad sino que su existencia hace ciudad.

Javier Maderuelo propone una definición que resume lo anteriormente expuesto: el paisaje "no tiene una existencia autónoma porque no es un lugar físico sino una construcción cultural, una serie de ideas, de sensaciones y sentimientos que surgen de la contemplación sensible del lugar".² A partir de estas ideas veamos cómo se han desarrollado las dos tendencias del conocimiento en nuestro país y cómo confluyeron en la arquitectura de paisaje en México.

El territorio mexicano como riqueza de la nación

Al inicio de la vida independiente se contaba con poca información sobre los rasgos geográficos del territorio mexicano; conocer sus fronteras, las amplias tierras del interior y la extensa línea de litorales era un enorme desafío. Teníamos una extensa área territorial de aproximadamente cuatro millones de kilómetros cuadrados —lo doble de lo actual—, que era poco conocida y por lo tanto derivaba en una difusa idea de nación. El conocimiento físico del territorio era entonces indispensable para crear la posterior idea simbólica y significativa del paisaje nacional.

La relación entre país y paisaje es muy clara. "País" no es solamente un área soberana perfectamente delimitada en kilómetros cuadrados como ahora se entiende, sino más bien se refiere a un territorio con el que se identifica un pueblo. Su etimología latina, *pagus*, en primer sentido es aldea y se va extendiendo para abarcar el pago, terruño y hasta territorio al que se está atenido; designa el lugar donde nace o vive una persona y en el cual ésta encuentra su identidad.

Emergen aquí interesantes relaciones semánticas y vínculos conceptuales entre país y paisaje que se expresan en la proximidad fonética de las palabras francesas *pays* y *paysage*, las italianas *paese* y *paesaggio*, las inglesas *land* y *landscape* y las alemanas *land* y *landschaft*. De la indagación etimológica se deduce que paisaje y país son términos alusivos a un mundo propio y se relacionan con el sentido de pertenencia a un lugar con el cual se establecen lazos de intermediación cultural y afectiva, articulados por las tradiciones y el vínculo con la tierra de los ancestros. Éste es el llamado "ámbito".



Jardines del Museo "Dolores Olmedo Patiño"
Fotografía. Héctor Quiroz

...el paisaje “no tiene una existencia autónoma porque no es un lugar físico sino una construcción cultural, una serie de ideas, de sensaciones y sentimientos que surgen de la contemplación sensible del lugar”

La primera necesidad en la construcción de la nación mexicana fue, como acoté, el conocimiento racional cuantitativo del territorio. En dicha tarea hay importantes antecedentes que apuntan al esfuerzo por la descripción de la naturaleza mexicana, aunque no directamente en la construcción de lo mexicano. Podemos citar los trabajos iniciados por los españoles desde la conquista, destacando más adelante las expediciones de finales del siglo XVIII, insertas en el pensamiento ilustrado y borbónico. La más importante fue la Real Expedición Botánica a la Nueva España aprobada en Cédula Real el 20 de marzo de 1786 por Carlos III rey de España y llevada a cabo por Martín Sessé y José Mariano Mociño, éste último destacado humanista criollo, médico, matemático y botánico. El encargo apuntó a la catalogación de los recursos naturales y plantas medicinales con fines terapéuticos. Se inició con la búsqueda de plantas y animales en los alrededores de la capital, prosiguiendo los trabajos por las tierras templadas del centro del país, después por el norte y llegando hasta Guatemala. El documento esperado “Flora Mexicana y *Plantae Novae Hispaniae*”, nunca vio la luz, sin embargo el interés y conocimiento sobre el territorio fue compartido por los expedicionarios en la cátedra de botánica establecida en la Real y Pontificia Universidad de México, así como en la construcción del jardín botánico en la capital. Esto despertó un enorme interés científico y generó una auroral conciencia del propio territorio y su riqueza.

Otra importante expedición que tocó tierras mexicanas fue la de Malaspina, que aspiraba a dibujar un cuadro razonado de los dominios de la monarquía española. La expedición zarpó en 1789, en 1791 llegó a Acapulco y regresó a Cádiz en 1794. Levantó mapas, compuso catálogos minerales y de flora y realizó otras

investigaciones científicas. A su regreso, Malaspina presentó un informe titulado “Viaje político-científico alrededor del mundo”, que incluía un relato político en el que apoyaba las ideas independentistas y que le valió ser acusado de revolucionario y conspirador siendo condenado a diez años de prisión. La expedición acumuló una gran cantidad de material y de observaciones científicas que fueron preservadas en la Dirección de Hidrografía del Ministerio de Marina español. Esta información, sin embargo, no permeó directamente en la Nueva España ni en México, quizá más bien en el discurso y la imaginación de los historiadores que vieron desde Europa a nuestro país.

Si bien ambas expediciones fueron importantes en el avance del conocimiento científico, muy acorde con el pensamiento ilustrado, eran de prospecciones acotadas y enfocadas hacia la explotación de los recursos.

La visita de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en 1803 marcó el inicio de varias exploraciones emprendidas por extranjeros; destaca ésta por ser la más completa. Las expediciones del siglo XIX se realizaron con mayor libertad y profusión una vez alcanzada la independencia del país, pero fue necesario esperar hasta el último tercio del siglo para registrar los primeros síntomas del despertar definitivo de las ciencias que nos llevarían a conocer en el plano físico con más certeza el territorio mexicano.

Distingo un hito importante en el siglo XIX, cuando en 1833 se fundó la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística —con el apoyo del entonces presidente Valentín Gómez Fariás— para elaborar la cartografía del nuevo país con sus regiones y fronteras. Este trabajo cartográfico fue el primero en América.



Santuario de la mariposa Monarca, Chincua, Michoacán
Fotografía: Héctor Quiroz

Después de la intervención francesa de 1864 surgieron en varias ciudades y en la capital grupos cada vez más nutridos de naturalistas, en su mayoría médicos, farmacéuticos e ingenieros. A todos los unió el interés por estudiar y aprovechar mejor los recursos naturales del país. En 1868 se agruparon en la Sociedad Mexicana de Historia Natural y un año después apareció el primer fascículo de *La Naturaleza*, revista cuya publicación a cargo de Manuel María Villada tocó temas de botánica, zoología, geología y paleontología.

Los diversos gobiernos, a pesar de las continuas convulsiones del siglo XIX, hicieron en distinta medida importantes esfuerzos para explorar el territorio, especialmente dirigidos al conocimiento práctico necesario para la solución de los problemas a los que se enfrentaba la nueva nación. En este siglo la investigación y prospección del territorio derivó de manera importante hacia la salud, dada la urgencia de responder a las epidemias que periódicamente assolaban al país; así surgió, por ejemplo, el Instituto Médico Nacional en 1888 que contaba con laboratorios de historia natural, química analítica, botánica y climatología.

El conocimiento del territorio y la necesidad inmediata de progreso trajo consigo una sobreexplotación de los recursos, especialmente visible en la acelerada deforestación, aunque con el paso del tiempo hubo diferentes intentos para frenar la pérdida y transformación del paisaje. En este contexto surgió la gran figura del ingeniero Miguel Ángel de Quevedo y Zubieta (1859-1946), sin duda uno de los dos personajes que identifico como centrales en la constitución de la idea contemporánea del paisaje mexicano.

Si bien en 1876 se declaró el bosque del Desierto de los Leones como Zona de Reserva Forestal y de Interés Público, fue con De Quevedo cuando la protección de zonas boscosas adquirió un carácter consciente y sistemático. En 1901, fue designado presidente de la Junta Central de Bosques y a partir de ese momento se dedicó a la que sería la tarea de toda su vida: la protección de los recursos naturales de México. Su gran aportación fue establecer la relación entre los bosques y el régimen de lluvias que llenan los mantos freáticos, cuestión que no era inmediatamente apreciable. Consecuente con su propia postura, en 1909 promovió la creación de los parques nacionales de México en la Conferencia Internacional Norteamericana de Conservación de Recursos Naturales y en 1910 encontró ya un decidido apoyo por parte del Estado, como relata él mismo:

El conocimiento del territorio y la necesidad inmediata de progreso trajo consigo una sobreexplotación de los recursos

Debo recordar que en el periodo del gobierno del presidente Madero, de 1910 al 12 encontré el decidido apoyo para la protección forestal de la Capital y la creación de sus Espacios Libres con Parques y Jardines... pero desgraciadamente fue tan corta la vida de ese gobierno... que no se realizó tan provechosa medida...³

En 1917 logró para el Desierto de los Leones, después de una expropiación por causa de utilidad pública, la declaratoria del primer Parque Nacional de México y entre 1935 y 1939 obtuvo los decretos presidenciales de "36 parques nacionales en 17 estados con una superficie aproximada de 800 000 ha".⁴

Se debió a su iniciativa la ampliación de dos a 34 los parques de la Ciudad de México y la creación de los Viveros de Coyoacán, que fueron utilizados para reforestar los lechos secos de los lagos, las faldas de los cerros y una gran cantidad de banquetas y camellones. Para De Quevedo los viveros, parques y calles arboladas de la ciudad significaban la evidencia de que México era un país civilizado. Considero que nadie como él ha influido más en México en hacer conciencia sobre la importancia de las áreas verdes en las grandes concentraciones urbanas —que hicieron eclosión en el siglo XX—, y en el valor simbólico de "lo verde" identificado con la salud y el bienestar humano. Aquí podemos ver un magnífico ejemplo de la transformación de lo científico-racional hacia lo estético.

No es el propósito del presente trabajo describir cómo se abordó el estudio del territorio mexicano, pero sirvan los momentos anteriores para destacar las formas en que se realizó y cómo están relacionadas con instituciones y actividades insertas en el aparato estatal y determinadas por cierta inmediatez y pragmatismo.

El paisaje mexicano como valor estético

La sacralidad otorgada al paisaje fue en las culturas mesoamericanas el elemento ético que hizo posible una relación respetuosa con la naturaleza. Estos valores fueron en alguna medida conservados por el arte y en el caso mexicano hay un momento ejemplar en la pintura de paisaje. Si bien para principios del siglo XX el entendimiento de las relaciones y el equilibrio en las cadenas naturales se iniciaba y era un elemento que llamaba a la conservación, el arte de José María Velasco es el detonador de la valoración estética del paisaje mexicano y la piedra angular en el imaginario nacional.

Éste es el otro personaje que quiero destacar: José María Velasco, tal vez el creador más importante del paisaje mexicano como valor estético de identidad. Velasco ingresó a la



José María Velasco, *La Alameda de México por el lado de San Diego*, 1863

Academia de San Carlos en 1858 para aprender dibujo. Apenas tres años antes se habían agregado a las carreras de pintura, escultura y grabado, la de "paisaje" y un año después la de arquitectura. Eugenio Landesio, profesor de pintura de paisaje, formado en la escuela de pintura romántica, reconoció en Velasco enormes cualidades que le enseñó a explotar. Además de profundizar en las técnicas pictóricas, a lo largo de su vida creció su interés en las ciencias, especialmente botánica, zoología y geología, así como en materiales y sucesos del pasado mesoamericano. Colaboró en la obra *Flora del Valle de México* realizando dibujos botánicos, después de lo cual fue nombrado socio de número de la Sociedad Mexicana de Historia Natural; trabajó también para el Museo Nacional en la reproducción de piezas y pinturas de sitios arqueológicos. No quiero dejar de mencionar las bellas composiciones arqueológicas del maestro en las que representó por ejemplo Teotihuacán y los baños de Nezahualcōyotl.

En la construcción de la anhelada identidad nacional fue decisiva la evolución del género pictórico de paisajes. Las pinturas de José María Velasco difundieron las imágenes del paisaje mexicano no sólo en México sino en el extranjero. Llevó su trabajo a la exposición universal de París en 1878 donde intentó, a través de su obra, "mostrar al extranjero un país civilizado, un lugar de paz, grandioso, lleno de libertad y fortaleza".⁵ Presentó allí una de sus obras cumbre: *El valle de México desde el cerro de Santa Isabel* donde evoca la transparencia atmosférica y el detalle, que fue posible gracias a su conocimiento sobre las plantas, y que aparece no solamente en los primeros planos sino magistralmente visible en los objetos distantes. Desde el cerro de Santa Isabel "percibió el carácter macizo de las rocas del escarpe, la morfología del monumental valle y los volúmenes pétreos exaltados por una luz solar intensa, imágenes que simbolizaban la anhelada fortaleza de México".⁶

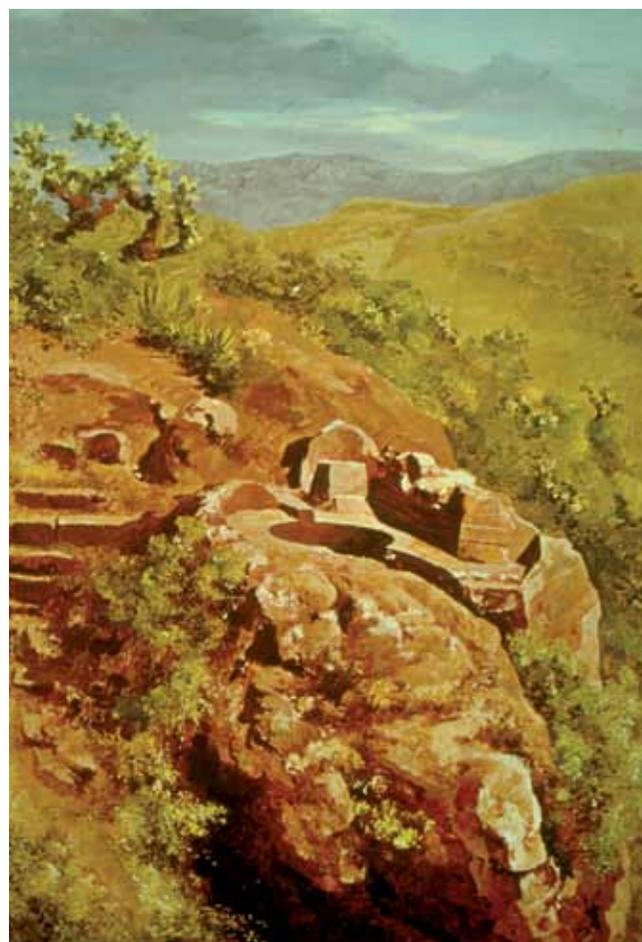
Las representaciones paisajísticas de Velasco incorporan al territorio natural la huella de las actividades humanas sobre su superficie, una de las cualidades necesarias para hacer paisaje con una intencionalidad estética. Sus imágenes idílicas causan hoy una nostalgia extraña por regresar a lo que nuestro tiempo histórico no nos ha permitido conocer. Entre sus aportaciones más importantes está su trabajo docente en la Escuela de Bellas Artes, sucesora de la Academia de San Carlos y antecedente de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

Velasco es el ejemplo de la potenciación de la estética por el conocimiento científico-racional.

Estudiar las obras y la herencia estética de José María Velasco debe ser obligado para todo paisajista que quiera ampliar su visión y profundizar en el sentido inefable de mexicanidad, presente en sus pinturas. También podemos encontrar la exaltación del paisaje mexicano en artistas posteriores como los tres famosos muralistas, el cineasta Emilio *El Indio* Fernández, los fotógrafos Gabriel Figueroa, Mariana Yampolsky y Armando Salas Portugal, y los pintores Rufino Tamayo y Francisco Toledo, por mencionar algunos de los más representativos.

La formación de la noción racional-estética del paisaje

Al percibirse los límites del pensamiento ilustrado a principios del siglo XX se inició la crisis de esta forma de conocimiento.



José María Velasco, *Los baños de Nezahualcōyotl*, 1878



Parque Ecológico de Xochimilco, diseñado por Mario Schjetnan
Fotografía: Amaya Larrucea



Paisaje desértico en San Luis Potosí
Fotografía: Héctor Quiroz

La disciplina se volvió una profesión universitaria en los Estados Unidos, y quedó ligada a Frederik Law Olmsted, diseñador del Central Park de Nueva York en 1858 y creador del primer Parque Nacional del mundo en Yosemite. Olmsted utilizó el término "arquitecto paisajista" para referirse al profesional, que tomó de John Loudon, quien lo acuñó en 1822. Creía que el propósito de su arte era el de influir en las emociones; para ello, en el diseño de parques creó escenarios donde el visitante quedaba inmerso experimentando la capacidad restaurativa del paisaje en un proceso que calificó de "inconsciente". Siguió sus pasos su hijo homónimo y su sobrino John Charles, miembros fundadores de la Sociedad Americana de Arquitectos Paisajistas en 1899 apenas cuatro años antes de la muerte de su padre. Esta sociedad se creó buscando que la profesión fuera reconocida en el país y para desarrollar los estudios de Educación en Arquitectura de Paisaje que un año después ya se ofrecía en la Graduate School of Design de Harvard en Estados Unidos.

La obra de Ian McHarg, *Design with Nature*, editada en Harvard en 1969, es una importante influencia en la concepción actual de la profesión. Propuso un sistema de análisis regional para profundizar en el entendimiento de un sitio. Este sistema es la base de los sistemas de información geográfica.

Si bien hubo esfuerzos anteriores por proteger el medio, esta obra da pie a la conciencia sobre el deterioro que se generalizó a partir de los años setenta. El Día de la Tierra fue decretado en 1970 cuando millones de norteamericanos protestaron para demandar un medio ambiente saludable para todos. El incremento de los precios mundiales del petróleo en 1973 ha sido señalado como el inicio de la crisis energética mundial. Hoy sabemos que el conocimiento racional, científico, no sólo ha sido incapaz de conservar el medio natural sino que ha creado las herramientas que destruyen a los ecosistemas, degradan el ambiente y lo desnaturalizan.

Este contexto de crisis mundial ha propiciado que la arquitectura de paisaje adquiera importancia crucial en la gestión responsable a través de una interacción creativa de los recursos naturales ante el crecimiento de las zonas urbanas y su población.



Parque Ecológico de Xochimilco, diseñado por Mario Schjetnan
Fotografía: Amaya Larrucea



El Día de la Tierra fue decretado en 1970 cuando millones de norteamericanos protestaron para demandar un medio ambiente saludable para todos

El reto: diseñar el paisaje mexicano

Acerquémonos ahora al contexto universitario en el que surgió nuestra carrera.

Al crearse la Universidad Nacional el conocimiento científico encontró una mayor amplitud que no lo reduce a su sola dimensión pragmática, dándole espacio también, de una manera generosa, a la investigación y al ejercicio del arte en todas sus manifestaciones incluida la teoría estética.

Justo Sierra, en su discurso de inauguración de la Universidad Nacional de México el 22 de septiembre de 1910, insistió en los fenómenos que distinguen a la nación y en este contexto describe el paisaje mexicano:

...nuestro territorio constituido por una gigantesca herradura de cordilleras que, emergida del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la lleva hasta la fría y la sube a buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar..., nos presenta el hecho, único quizá en la vida étnica de la tierra, de grandes grupos humanos organizándose y persistiendo en existir, y evolucionando y llegando a constituir grandes sociedades, y una nación resuelta a vivir.

En esta cita Justo Sierra identificó claramente la forma del territorio con sus pobladores determinados por esta geografía. El territorio es la riqueza de la nación, pero no solamente como un medio físico sino como un paisaje simbólico en el cual habitar y no meramente existir.

Quisiera ahora exponer brevemente los dos campos del conocimiento a los que me he estado refiriendo en el contexto de la propia Universidad menciono sólo los hechos que han tenido una importante relación, directa o indirecta, con la arquitectura de paisaje. Los antecedentes son tanto el desarrollo de la ciencia como el de la estética. Como ejemplos de la investigación científica universitaria destacan en la botánica los estudios fundamentales producidos en el área de ciencias. Maximino Martínez, uno de los más destacados exponentes de la botánica mexicana, publicó en 1923 el *Catálogo de nombres vulgares y científicos de plantas mexicanas*. Faustino Miranda, quien además organizó el Jardín Botánico del Instituto de Biología de la UNAM en 1958, *Los tipos de vegetación de México y su clasificación* en 1963, y Jerzy Rzedowskila *Vegetación de México* en 1971, que se ha convertido en un referente sobre el tema. En el ámbito geográfico resalta Enriqueta García Amaro con *Carta de climas de la República mexicana*, que relacionó el sistema de Köppen con el análisis de la vegetación en México en 1965, indispensable para la climatología mexicana. Es necesario citar también el *Anuario de Geografía* (1961-1979) editado por la Facultad de Filosofía y Letras. En el ámbito antropológico mencionaré *Una visión del México prehispánico*,

de 1967, de Román Piña Chan y la prolífica obra universitaria de Miguel León Portilla, cuya sensibilidad y profundidad en tratar los temas sobre lo mexicano debe ser ejemplo permanente para los arquitectos paisajistas.

En cuanto a las aportaciones de la Universidad en el ámbito estético sobresalen dos figuras: Manuel Toussaint, quien fundó el laboratorio del arte mexicano en 1935, antecedente del Instituto de Investigaciones Estéticas, y el historiador del arte mexicano Justino Fernández. No puedo dejar de apuntar la labor institucional de la Universidad en la formación de artistas en las escuelas de pintura, música, cine, teatro y danza. Por su parte, en 2010 el Centro Cultural Universitario cumple 25 años como un espacio para la cultura y las artes y un referente en la actividad artística en México.

En términos de espacios abiertos y conservación un momento central es la creación, en los terrenos de Ciudad Universitaria, de la Reserva Ecológica del Pedregal de San Ángel que desde su promulgación en 1983 se ha seguido ampliando y consolidando en 1996 y en 2005.

El Pedregal de San Ángel está ligado a otro personaje imprescindible para la arquitectura de paisaje en México: Luis Barragán (1902-1988), magistral creador de espacios habitables que introdujo la naturaleza como parte indisociable del diseño arquitectónico, lo que requiere de un enorme conocimiento de la misma. Sin embargo, la colaboración con la naturaleza en el caso de Barragán no surgió de un estudio metódico o académico especializado sino de la observación sensorial y espiritual. Para escuchar a la naturaleza se requiere de quietud y silencio; para presenciar su latido se requiere de



David Alfaro Siqueiros, *Pedregal*, 1946



Vegetación nativa en Hierve el Agua, Oaxaca
Fotografía: Héctor Quiroz

un vacío que deje hablar su presencia. Los espacios de su arquitectura están en silencio, en vacío, y son los recipientes abiertos que evidencian esa manifestación natural en los términos que el arquitecto ha imaginado. Los especialistas consideramos a Luis Barragán como el primer arquitecto paisajista mexicano. Creo que sin el prestigio nacional e internacional de su obra, esta carrera hubiera tenido otro derrotero y tal vez la dificultad de crearla hubiera sido mayor.

La creación de esta licenciatura se dio en la Facultad de Arquitectura dentro de ese campo de cultivo que representa la Universidad Nacional Autónoma de México, ya en su *campus* de Ciudad Universitaria declarado patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO en 2007. El campo de cultivo hace efecto incluso en los espacios abiertos de Ciudad Universitaria que no solamente tienen un papel protagónico sino que son la base de la estructura compositiva de todo el conjunto.

Como antecedente, en 1910 la enseñanza de la arquitectura en la Universidad Nacional de México estaba enmarcada en el ámbito artístico de la Escuela de Bellas Artes. En 1929 la Universidad obtuvo su autonomía y Arquitectura se separó y creó su propia dirección. En 1954 la Escuela Nacional de Arquitectura se trasladó a la Ciudad Universitaria del Pedregal de San Ángel y en 1981, con la aprobación de los doctorados en Arquitectura y Urbanismo, fue elevada al rango de Facultad.

Las primeras acciones académicas alrededor de la arquitectura de paisaje como disciplina surgieron de arquitectos docentes de la entonces Escuela Nacional de Arquitectura, quienes al descubrir la existencia de la profesión se adentraron en ella y compartieron sus inquietudes y saberes en las aulas. Destacan dos figuras cuyo interés por el tema despertó la curiosidad. El primero fue Carlos Contreras Pagés, profesor en arquitectura, hijo del urbanista Carlos Contreras Elizondo e interesado en el diseño de espacios abiertos. En 1964 coordinó el ahora legendario Seminario sobre Arquitectura de Paisaje al que invitó al paisajista brasileño Roberto Burle Marx y a Garret Eckbo, en ese momento director de la misma carrera en Berkeley y autor en 1950 del libro *Landscape for living*. El herbario de la Facultad lleva el nombre de Carlos Contreras en homenaje a su labor pionera.

El segundo personaje es Carlos Bernal Salinas, quien incluyó la materia optativa de Arquitectura de Paisaje en el plan de estudios de 1967, la cual ha impartido desde entonces. Formado en la Escuela Nacional de Arquitectura contaba ya con una maestría en Paisaje de la Universidad de California, en Berkeley, que había iniciado en 1963. Carlos Bernal ha formado y atraído hacia esta disciplina académica a numerosas generaciones de arquitectos de nuestra Facultad y ha contribuido a difundir el tema en universidades de todo el país. Sin dejar su labor académica ha influido notablemente en la apertura del campo profesional y es autor de





Las primeras acciones académicas alrededor de la arquitectura de paisaje como disciplina surgieron de arquitectos docentes de la entonces Escuela Nacional de Arquitectura

obras paradigmáticas en nuestro país como el Paseo Tolloca (1972) en la ciudad de Toluca, Estado de México. Este proyecto fue pionero en el país en cuanto al tratamiento paisajístico de grandes dimensiones. Atravesando la zona industrial de la capital mexicana dio cabida al flujo de automóviles y ferrocarriles, así como a la circulación de peatones y bicicletas. Trabajó más adelante en el proyecto de la alameda de Ciudad Nezahualcóyotl donde transformó un basurero en un parque recreativo. Fueron sus alumnos Lilia Guzmán, Mario Schjetnan y Marcos Mazari, sobresalientes promotores de la disciplina en México. Por su destacada labor académica y profesional, Carlos Bernal Salinas fue reconocido con el Premio Universidad Nacional en 2009.

Sin duda la riqueza mayor de la disciplina son las personas que la constituyen y consecuentemente citaré a algunos de los que han contribuido en la formación de nuestra profesión en México.

Eliseo Arredondo González ha participado como pocos en la apertura del campo de trabajo de la arquitectura de paisaje en México. Fue alumno de Carlos Contreras, quien reconoció sus habilidades en el diseño de espacios abiertos y lo impulsó a estudiar un posgrado en Paisaje en 1963 en la École Nationale D'Horticulture et Paysage en Versailles, Francia. Conoció entonces a Sylvia Crowe, destacada arquitecta paisajista británica y miembro de la International Federation of Landscape Architects (IFLA), fundada en 1948, quien lo animó a afiliarse y participar en la misma. A su regreso empezó su trabajo profesional en 1968 como jefe de Paisaje de la Secretaría de Obras Públicas del Distrito Federal y se incorporó a la IFLA como delegado individual por México con el compromiso de impulsar la creación de la asociación mexicana. En 1972 fundó con Carlos Contreras, Alfonso Muray y Mario Schjetnan, la Sociedad de Arquitectos Paisajistas de México. Luis Barragán fue invitado como presidente honorario vitalicio de dicha Sociedad.

Mario Schjetnan ha tenido una importante labor académica en varias universidades norteamericanas entre las que destacan Harvard y Berkeley, donde es considerado el arquitecto paisajista mexicano más sobresaliente. Es egresado de la Escuela Nacional de Arquitectura y estudió la maestría en Arquitectura de Paisaje en la Universidad de California, en Berkeley. Fundó en 1977 el taller Grupo de Diseño Urbano, que proyectó entre muchos otros el Parque Ecológico de Xochimilco y el Parque Tezozomoc en la Ciudad de México, obras multipremiadas internacionalmente. Ocupó en 2001 la Cátedra "Federico Mariscal" en la Facultad de Arquitectura de la UNAM y financió la Conferencia "Mario Schjetnan Dantán" en la misma.

Parecería que tenemos todos los elementos, un reconocimiento sobre el paisaje mexicano, una teoría, personajes clave de la arquitectura de paisaje y una Facultad de Arquitectura con todas las posibilidades de acoger esta nueva carrera, pero si no hay alguien que lo conjugue y lo tome como un sueño



Camellón del Anillo Periférico en el Parque Ecológico de Xochimilco
Fotografía: Amaya Larrucea



Paisaje en los alrededores de Real de Catorce, San Luis Potosí
Fotografía: Héctor Quiroz

personal nada ocurre. Todos estos elementos no hubieran visto nacer nuestra carrera sin la entrega de una persona: Lilia Guzmán. Formada en la Escuela Nacional de Arquitectura y —como mencioné— alumna del arquitecto Bernal, se interesó enormemente en la disciplina. Realizó en 1980 una estancia en el grupo de verano de la firma de arquitectura de paisaje SWA Group, en California. En 1983 presentó con la Sociedad de Arquitectos Paisajistas de México, a la que pertenecía, la iniciativa de crear la Licenciatura en Arquitectura de Paisaje en la Facultad de Arquitectura. El entonces director de la Facultad, el arquitecto Ernesto Velasco y el secretario general de la misma, el arquitecto Luis Enrique Ocampo, con una gran visión aceptaron la propuesta y decidieron apoyarla.

A Lilia Guzmán debemos la coordinación y elaboración del primer plan de estudios de la licenciatura mencionada que realizó con los arquitectos Mario Schjetnan Dantán y Alejandro Cabeza. Apoyaron con su experiencia y conocimiento este proyecto Jot Carpenter, encargado del Comité de Educación de la IFLA y director de la Universidad de Columbus en Ohio y el paisajista belga Bernard Capelle. El Programa de Medio Ambiente de la UNESCO se interesó en la creación de la carrera en México y la asesoró su director Octavio Schettino. Una vez terminado el plan de estudios, ella fue la encargada de dar seguimiento a la aceptación de la propuesta. Ésta fue aprobada por el Consejo Técnico de la Facultad de Arquitectura en octubre de 1984 y el 24 de septiembre de 1985 por el Consejo Universitario de la UNAM. Las clases empezaron el 4 de noviembre de 1985, siendo ella la primera coordinadora de la Unidad Académica de Arquitectura de Paisaje. La carrera fue auspiciada con las visitas de los arquitectos paisajistas Fernando Tábora de la Universidad Central de Venezuela, Eduardo Santaella de la firma SWA y especialmente significativa fue la conferencia de Hans Werkmeister, presidente en ese entonces de la IFLA. En agradecimiento y reconocimiento a su labor la Biblioteca de la Unidad Académica lleva su nombre.

El segundo coordinador de la carrera (1990-1995) fue Alejandro Cabeza, quien —como se dijo— trabajó en el Plan de Estudios. Formado también en la Facultad de Arquitectura, interesado en la liga de ésta con las ciencias naturales, estudió la maestría en Paisaje en la Universidad de Sheffield; el tercero (1995-2004), Marcos Mazari, participó de manera importante entre los primeros profesores de la carrera y en su gestión se realizó el *Plan de Estudios 2000*. De 2004 a



▲► Vistas del Paseo Toluca, Estado de México
Fotografía: Carlos Bernal Salinas

La arquitectura de paisaje debe ser consciente de que configura el ámbito del hábitat humano en su relación con todos los seres vivos y el conjunto de la naturaleza. Debe, pues, abandonar la idea de que trabaja en una sociedad instituida, para dar paso a su inserción en los mecanismos de la sociedad instituyente

2009, la maestra Amaya Larrucea (autora del presente artículo) fue la primera coordinadora formada en la licenciatura de Arquitectura de Paisaje y, actualmente, la coordinación está a cargo de la maestra en urbanismo Fabiola Pastor.

El plan de estudios original reflejó la confluencia de las dos tendencias de las que he venido citando, articulándose en forma de áreas de conocimiento que estructuran la *curricula*: por el lado de la estética el diseño y la teórico-humanística y, por el lado científico, la de ciencias ambientales y tecnología, con la participación en ambas del área de Urbanismo. El *Plan 2000* sigue la misma estructura y se encuentra en un proceso de actualización en el que se espera consolidar y profundizar en esta tendencia en respuesta a los nuevos retos.

Conclusiones

Invitar al paisaje a que venga a mi mano,
invitarlo a dudar de sí mismo,
darle a beber el sueño del abismo
en la mano espiral del cielo humano.

Carlos Pellicer

La arquitectura de paisaje como disciplina académica tiene apenas 25 años en México. En sus comienzos se encontró ante a una situación muy compleja por las tareas que debía enfrentar. Hoy todavía falta mucha experiencia por acumular, sin embargo aquí estamos en la primera línea. Antes de la formalización profesional, los hitos más importantes en la

construcción de este ámbito en la Ciudad de México fueron marcados por arquitectos, ingenieros y agrónomos. Considero estos hitos como parte de la herencia de la experiencia en arquitectura de paisaje. Al respecto, es indispensable señalar que nuestra ciudad contó desde su origen con Chapultepec, jardín de los *tlatoanis* mexicas y posteriormente, durante el virreinato, con el Paseo de la Alameda, primer parque público en América, que por más de dos siglos fue el único punto ajardinado en la ciudad y que sirvió de puntal para su expansión. Le siguió el Paseo de Bucareli, la primera arteria que incluyó vegetación desde su diseño, idea que también se utilizó en la construcción del Paseo de la Emperatriz (hoy Paseo de la Reforma) mandado construir por Maximiliano y que sigue siendo la avenida arbolada más bella de la ciudad. El gran significado que tuvo el Paseo de la Reforma fue el de crear una ciudad que planificaba su crecimiento alrededor de una línea verde. Más allá de una explicación exhaustiva en la expansión de la ciudad podemos identificar momentos clave en la presencia de los espacios que permiten respirar a su estructura con mayor facilidad, entre ellos la Alameda de Santa María la Ribera y la avenida Jalisco en la colonia Roma. El primer diseño que para mí es auténticamente paisajístico es el de la colonia Hipódromo, donde el espacio abierto ya no se concibe como accesorio o como lo que rodea a los edificios, sino como organizador e integrador urbano. En esta línea instituyente, la construcción de Ciudad Universitaria es una obra que ya incluye los aspectos arquitectónicos y paisajísticos en un todo articulado.



Conjunto escultórico en el Paseo Tollocan
Fotografía: Carlos Bernal Salinas

Para finalizar quiero citar algunas obras hechas con intencionalidad específicamente paisajística: la Ruta de la Amistad, grupo escultórico construido con motivo de las Olimpiadas de 1968, concebidas por Mathias Goeritz; el "plan verde" de los años setenta de Eliseo Arredondo, el parque Tezozómoc y el Parque Ecológico de Xochimilco de Mario Schjetnan Garduño.

Hoy es claro que con esta disciplina universitaria los espacios abiertos pasan de ser una necesidad práctica e incluso ornamental, a ese "ámbito" que desde una visión de conjunto y a través de la participación multidisciplinaria puede lograr que construyamos un paisaje mexicano con alma.

La tecnología ha avanzado enormemente y las posibilidades de conocer nuestro mundo se han multiplicado de manera exponencial; contamos con apoyos satelitales, microscopios electrónicos, megacomputadoras y herramientas de comunicación nunca antes vistas; sin embargo, el equilibrio del medio ambiente nunca había estado tan deteriorado. Desafortunadamente la sensibilidad estética y ética para utilizar estos apoyos no ha avanzado a este mismo ritmo vertiginoso. México es un país de extraordinaria riqueza ecológica que alberga 10% de las especies del planeta y contiene una enorme diversidad cultural. Como he insistido, nuestro paisaje es nuestra mayor riqueza; no obstante, el país ha perdido 26% de la superficie que ocupaban originalmente sus selvas y bosques con la de-saparición implícita de miles de especies vegetales y animales al tiempo que la riqueza de las lenguas indígenas sigue disminuyendo. El reto es mayúsculo: la tarea de la arquitectura de paisaje es utilizar las herramientas tecnológicas para crear el "ámbito" correspondiente a nuestras riquezas, para diseñar un paisaje mexicano en el que se exprese lo inefable de su potencialidad.



El oasis de Mulegé, BC Sur
Fotografía: Héctor Quiroz

...obras hechas con intencionalidad específicamente paisajística: la Ruta de la Amistad, grupo escultórico construido con motivo de las Olimpiadas de 1968, concebidas por Mathias Goeritz; el “plan verde” de los años setenta de Eliseo Arredondo, el parque Tezozómoc y el Parque Ecológico de Xochimilco de Mario Schjetnan Garduño



Parque Tezozomoc, Ciudad de México
Fotografía: Lilia Guzmán

Hay aquí un gran espacio para trabajar que, digámoslo, linda con la utopía, pero nada grande se ha hecho sin bordear los límites de lo posible y en nuestros días ya nos hemos acostumbrado a ver situaciones que hace unos pocos años se consideraban imposibles. Si existe una visión reductiva de la arquitectura de paisaje como jardinería, pues bien, quisiéramos conseguir que todo el planeta fuera un jardín: *hortus conclusus terrae*. Ésta es nuestra utopía. 📍



Parque Tezozomoc, Ciudad de México
Fotografía: Lilia Guzmán

Notas

- 1 Noción tomada de Humberto Maturana y Francisco Varela, *El árbol del conocimiento*, Debate, Madrid, 1990.
- 2 Javier Maderuelo, *Nuevas visiones de lo pintoresco. El paisaje como arte*, Fundación César Manrique, Tegui, 1996, p. 10.
- 3 Miguel Ángel de Quevedo, revista *México Forestal*, Servicio Forestal Mexicano, vol. 9, México, 1941, pp. 71-72.
- 4 Fernando Vargas Márquez, *Parques Nacionales de México y reservas equivalentes*, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1984, p. 46.
- 5 María Elena Altamirano, *José María Velasco. Paisajes de luz, horizontes de modernidad*, DGE Equilibrista, México, 2006, p. 209.
- 6 *Ibidem.*, p. 211.